

jados? ¿no seria mas natural y lógico que me fuera encaramando primero por las escaleras? ¿no es mas propio subir que bajar?

—Ya, pero no reflexiona V. que, respecto á los pisos, el orden social está casi completamente invertido; de suerte que, segun el rol de los caseros, baja el que sube, y sube el que baja. He tratado mucho con pedantes, y tengo mis pretensioncillas. Por de pronto quiero que emprenda V. un curso metódico de ética social, y para ello debe empezar por la parte elemental.

—¿Y los elementos de una sociedad civilizada se encuentran acaso en la hez y el desecho de ella?

—Cabalito. Esta hez, como V. la llama, es precisamente la sociedad en masa, la humanidad en fusion, que con sus inmensos trabajos, sus innumerables industrias y su enorme accion edifica los imperios, doma los elementos, y puebla de maravillas el mundo. Si de ella surgen de tarde en tarde, cual efímeras burbujas, esas existencias privilegiadas destinadas á vivir en un estado excepcional de ócio, de opulencia y de brillante depravacion, á ella vuelven irremisiblemente á sumergirse para desaparecer y ser reemplazadas de continuo y sin término por otras y otras, como las olas mas encrespadas de un mar proceloso, como los montículos de arena for-

mados y allanados sin cesar por el Simoun del desierto. Esta hez es la que habeis de observar, y sobre la cual os aconsejo que mediteis profundamente: ahí empieza y ahí viene á terminar, despues de recorrer un estenso círculo, el estudio filosófico de la civilizacion, no menos que el de las tendencias del espíritu humano. No estudiéis al género en sus es-
cepciones; falsearíais vuestra tarea: creedme, principiad por las guardillas.

—Corriente: asi lo haré: venga el talisman, y manos á la obra.

Metió el angosto personage los dedos pulgar é indice de su apergaminada mano derecha en uno de los bolsillos de su chaleco, y sacó una llavecita de guardas muy historiadas.

—Tomad, me dijo; tengo mucho que hacer, y además me empalaga soberanamente el ridículo papel de *Cicerone*. Con esto no necesitais que os acompañe. V. mismo se introducirá, con esta llave, en los cuartos mas interiores y reservados de las habitaciones que escoja para objeto de sus observaciones, y mientras la tenga en una ú otra mano, os mantendreis invisible é insonoro (pero no inodoro, cuidado!), perdiendo una y otra virtud en el momento en que se introduzca aquella en la faltriquera, ó que de cualquiera manera deje de tocarla.

—Tantas gracias ; y ahora ¿por dónde le acomoda á V. salir de aqui?

—Por donde he entrado.

—¿No será por la puerta, supongo?

—¿Y por qué no?

—Porque semejante salida me parece muy ordinaria para un sugeto como V.

—Quia ! no lo crea V. : á fuerza de dar vueltas las cosas, llegan con frecuencia las mas comunes á hacerse muy singulares y estrañas.

—Beso á V. las manos.

—Cuidado ! no haga V. como yo, que cuando beso, muerdo. Agur.

Si esto no es un entremés, me dije á mí mismo al cerrar la puerta tras mi estraño interlocutor, voy á divertirme en grande, y á embadarnar papel de lo fuerte ; pues seria hasta inhumano privar á mis contemporáneos de los importantes descubrimientos que voy á hacer en el tenebroso Apocalipsis del corazon del hombre. Veamos pues si aquel diablo socarron se ha burlado de mí, que mucho me lo temo.

Impaciente por salir euanto antes de duda, cogí la llavecita y me coloqué delante de un espejo. ¿Cuál no fue mi sorpresa, al observar que no me veia en él? El asombro, un terror que no pude

reprimir me hicieron caer la llave de la mano, y en el mismo momento apareció en el espejo mi semblante, aunque en extremo demudado por la impresion profunda que acababa yo de recibir, pues me hallaba poco preparado á este prodigio, sin embargo de la portentosa escena que le habia precedido. Largo tiempo estuve clavado en el mismo sitio, mirando alternativamente el espejo y la llave que estaba á mis pies; pero como, segun parece, está hecho el hombre de modo á acostumbrarse á todo, aun á las cosas mas estupendas, me fui familiarizando poco á poco con la endiablada llave y con la peregrina y seguramente muy lisongera idea de ver sin ser visto; y al cabo de una hora manejaba yo con toda llaneza el digo infernal, divirtiéndome, frente á frente del espejo, con el juego de *ya le ves, ya no le ves*; tan cierto es que solo lo desconocido es lo que causa admiracion y estrañeza. En efecto, ¿qué cosa mas sorprendente, por egeemplo, que ver andar un carruage sin caballerías, y desprenderse de la tierra un globo aereostático? Pues esto no llama ya la atencion á nadie: el aereonauta fuma su cigarro con negligente indiferencia en medio de los aires, y el viagero, desilusionado y fastidiado, da sendas cabezadas encerrado en su Wagon. Quién sabe! quizás dentro de pocos años tendremos relaciones

comerciales con los habitantes que Herscheld ha descubierto en la luna, y hallaremos el secreto de procrear por correspondencia epistolar, modo mas ó menos que platónico de hacer el amor, y que, en travesura, progreso é invencion, ha de dejar muy atrás á la institucion del ramo de seguridad pública, al hallazgo de los estados escepcionales, y al ingenioso método adoptado para que el alambique electoral produzca con toda esactitud *la expresion genuina de la opinion y de las voluntades de..... las.....ma.....sas.....* buena masa ! y famosamente amasada !

Las Guardillas.



Antes de internarnos en la narracion dramática de lo que se ve, de lo que se oye y siente, de lo que pasa y acaece en las guardillas, y para lo cual, segun se ha visto en el capítulo precedente, tenemos plenos poderes del diablo, nos ocuparemos de la parte descriptiva de ellas; asunto preliminar tan indispensable para conocer bien el lugar de la escena, su aspecto general, y hasta cierto punto el temperamento genérico de los actores que en ella han de figurar, como lo es imponerse en la geografia de un pais, antes de leer ó estudiar su historia.

La guardilla tiene, por las circunstancias características de su existencia, una analogia muy marcada con los tontos, la que consiste en que siendo, como la cabeza de estos, lo mas elevado de las construcciones, es tambien, del mismo modo que ella, lo peor dispuesto y alhajado, y lo mas

exhausto, pobre y miserable del edificio; lo que no impide que, por carambola ó arte de birlibirloque, sirva á veces de asilo la guardilla á alguna notabilidad en cierne; asi como no tiene nada de imposible el que la calabaza de un ingenio enteramente romo venga, en fuerza de su perfecta redondez, y por consiguiente en virtud de la propiedad de su figura esférica, esencialmente á propósito para la rotacion, venga, decimos, á parar, dando tumbos y rebotes, hasta acomodarse en las banquetas de un congreso, ó arrellanarse en algun sillón ministerial; incidentes bastante comunes en estos tiempos de vicisitudes y trastornos; pero que lejos de alterar la naturaleza de las cosas, comunicando, por ejemplo, en la comparacion á que nos referimos, brillo á la indigente guardilla, ó celebridad al necio presumido, hacen al contrario mas chocantes y visibles, por el efecto del contraste, la miseria de aquella y la mentecatez de este; á la manera de aquellas estampas chavacanas, que no chocarian demasiado, pegadas á la mugrienta pared de una taberna del Rastro; pero que parecerian monstruosas de malas, puestas en un magnífico marco, y colocadas en un salón elegante y lleno de preciosidades.

Todas las creaciones, las del hombre asi como las de la naturaleza, tienen su sello peculiar, mar-

cante y especial: el que distingue á la guardilla es la indigencia, ó cuando menos una rígida escasez; bien que considerada esta y aquella bajo las dimensiones y proporciones establecidas por la gradacion mas ó menos dilatada y estensa á que vienen á ajustarse las diferentes posiciones sociales de la comunidad ó del pais en que se vive. Esta escala es corta en las poblaciones pequeñas, pero es inmensa en las capitales. ¡Qué infinita diversidad de existencias mas ó menos favorecidas no se encontrará, por ejemplo, entre la del pobre diablo que, despues de haberse esforzado en vano todo un dia en ablandar pechos empedernidos, se acuesta en ayunas sobre el duro suelo, invocando infructuosamente del sueño el olvido de sus males; y la del rico banquero ó del noble de triple grandeza, que, rodeado de todas las delicias de la vida, devora en un dia, con frio y egoista desden, el sustento asignado por la naturaleza á cinco ó seis mil familias (1)!

(1) No exageramos: todos hemos leído, no hace mucho tiempo, la relacion y descripción de un banquete dado á la aristocracia inglesa por un Lord que posee una renta de 6000 duros diarios, cuya enorme acumulacion de riquezas queda compensada con que veinte y cinco á treinta mil conciudadanos de aquel pobrecito señor se coman los codos de hambre. ¡Bonita organizacion social la que produce tan insensatos resultados! En un pais que tal sucede (dirian los discípulos de Prudhom), no hay mas que dejarse de lindezas económico-políticas, y acudir bravamente á los puños, distribuyendo con equidad la torta á estocada limpia y á trabucazos.

Las diferencias graduales que pueden encontrarse entre aquellos dos extremos son casi infinitas, y pueden clasificarse por zonas y categorías, bastante bien marcadas para que sea fácil señalar á cada una el círculo en que gira. Esta clasificacion no tiene nada de arbitrario ni caprichoso : ella existe ya por la fuerza y efecto solo de las cosas, y no hay mas que observarla y reconocerla. Del mismo modo tal vez que se efectuó la separacion de los elementos, al desembrollarse el caos : de igual manera que, restituidos al reposo, se separan ciertos líquidos ó productos químicos de diferentes naturalezas, despues de cesar la agitacion que por un momento los amalgamó; del mismo modo, poco mas ó menos, se verifica de continuo la distribucion de los matices sociales. Consideremos primero las cosas en general, y las categorías en sus mas latas divisiones.

En los cuartos principales habita la aristocracia de casta, la del dinero, la de los empleos, algunas veces por rareza la del saber. Esta es la region de la opulencia, dilatada sobre sus mas gigantescas proporciones ; la de las preciosidades, de los tesoros y del lujo ; la del buen gusto y de los primores de todas especies ; la del esquisitismo, de los prestigios y de las maravillas.

En los cuartos segundos viven personas menos

colmadas de riquezas que las precedentes, pero brillantes aun por su tren y boato, y cuyas ambiciosas pretensiones no ceden en un ápice á las de aquellas. Allí moran todavía títulos atrasados ó corrientes en el pago de las medias anatas; hacendados que poseen lo justo para tener coche propio, con el riguroso par y medio de caballos, un único cochero, que se ha convenido en no enfermar nunca, un lacayo *factotum*, una doncella costurera, y una ama de llave, cocinera. Allí se vé tambien buen número de ex-ministros que no fueron tontos; de intendentes célebres; de cesantes de alta categoria, que no fueron ranas; de comerciantes quebrados, que no se durmieron; de abogados de nota ó de abogados que tienen que hacer; de agentes de bolsa muy entendidos; de contratistas de segunda categoria, que no se descuidaron; de empresarios que entienden la monserga; de artistas nacionales y extranjeros los mas sobresalientes; de primeras espadas en medicina y cirugia, etc., etc.

En los cuartos terceros vegeta aquel inmenso número de notabilidades cojas, que estuvo en un tris no hiciesen una brillante fortuna; unos, que debieron ser generales, embajadores, plenipotenciarios, ó simples enviados diplomáticos; otros que, por disentir en ideas políticas, no quisieron ser mi-

nistros; muchos que hubieran llegado á directores de hacienda, sin los pronunciamientos de los años 33, 34, 35, 36, 37, etc., etc.; bastantes que tuvieron casi siempre en su provincia doce votos para Senador, y trece para Diputado; en fin, gran parte de ambiciones desmedradas, frustradas ó caducadas; y entre todos estos grandes hombres malogrados y marchitados en su flor, los escritores que llegan á vender la décima parte de sus ediciones, los empresarios de traducciones (1), las redacciones de última categoría, y el sin fin de existencias adocenadas que hicieron clavo en aquella esfera de prosperidad mediana, sin que les fuese jamás dable pasar de ella á otra superior.

En los cuartos pisos, cuando los hay, se *fasti-*

(1) No hay que estrañar la espresion: todo el mundo sabe que aqui el traducir es una industria, un artefacto, un puro oficio manual, cuyos indispensables útiles son una mala gramática y un pésimo diccionario; pues que en el dia se ha llegado á tener por cosa incomprensible el que pueda hacerse una traduccion sin la presencia y colaboracion de estos dos muebles; lo que demuestra, con un si es no es de evidencia, que, para ser un escelente traductor, no se necesita de ningun modo saber el idioma en que esté escrita la obra original, y muy poco el en que se verifique la version; con cuyo admirable descubrimiento vamos adelantando grandemente en la materia, dándonos á traducir por medios mecánicos, poco mas ó menos del mismo modo que se hila al torno ó que se pone en movimiento un molino de chocolate.

dia una infinidad de esperanzas engañadas ; muchas otras nacientes y, digámoslo así, en su aurora ; individuos de todas clases que, por darse á tocar con demasiada frecuencia el bajon, instrumento insufrible para los delicadísimos oídos de los dichosos que viven en los cuartos inferiores, han tenido que subirse por condescendencia á los mas elevados ; casi todos los literatos ; algunos pocos poetas (la mayor parte de estos se remonta aun mas, sin duda porque el estro poético no se sublima sino en las regiones superiores : ya se sabe que las Musas habitaban en las cumbres del Parnaso) ; los terribles caseros todos ; lo mas selecto de las parteras ; la flor y nata de los cesantes ; las virtudes perseguidas que pertenecen á cierta categoría ; las viudas de tenientes coroneles para arriba ; (las demas suelen perecer en los hospitales) ; una infinidad de tias y de amparadoras de la inocencia ; los médicos que acostumbran hacer visitas largas ; muchos profesores de guitarra y violon ; y centenares de aquellas pobres é interesantes familias, obstinadas erre que erre, las cuitadas, en morir de pura honradez, sin mas pan que el necesario para el dia, sin mas ingreso que el salario del trabajo cotidiano, sin mas tesoro que la laboriosidad, sin mas goces que el espectáculo descocado é insultante de la prosperidad del rico,

sin otra esperanza que la lotería, ni mas porvenir que el hospital.

Volvamos atrás, antes de tocar á la puerta de la guardilla: veamos los cuartos bajos: así acabaremos por los extremos.

El piso bajo encierra casi completamente la inmensa máquina que da vida y movimiento á las demás regiones superpuestas en que se encuentran las muy diversas categorías que componen el total de habitantes de la capital. El comercio en todas sus fases y gradaciones, desde la venta del precioso cachemir de la India hasta la de una caja de oblea; la banca, giros y contrataciones de todas especies; las industrias de todos géneros, desde la fabricacion de ricos tapices, de suntuosas carretelas y de magníficos aderezos, hasta la de las mechas y cerillas fosfóricas; en fin, un grande número de academias é institutos de enseñanza llenan en su mayor parte aquella zona inferior de la colmena humana; en la que tampoco faltan industrias case-ras, tanto mas seguras y lucrativas, cuanto que son independientes de la variacion de las modas, y que exigen pocos anticipos pecuniarios, y un aprendizaje muy corto para egercerse, siempre que haya buena disposicion y una grande y decidida aficion de parte de las personas que se dediquen á ellas.

Demos un salto, un brinco descomunal, y lleguemos por fin á la última grada de la escala social, á la guardilla; region poética, mas, mucho mas que poética, fantástica en grado superlativo, fantasmagórica y sorprendente, en donde se elaboran sin cesar, pero muy á lo natural y demasiado de veras, los dramas mas complicados, mas intrincados, atroces, lamentables, revesados, tenebrosos é infernales; así como las comedias mas intrigadas y originales, y los sainetes y farsas mas joviales y grotescas que se pueda imaginar; cuna sin duda del difunto género romántico, y mansion favorita de la musa de Victor Hugo; hormiguero inmundo en donde pulula la miseria en todo su horror, y el deseo en todo su frenesí; en donde las pasiones se mantienen constantemente en su mas elevado grado de exaltacion, y la voluntad en un continuo paroxismo; en que la imaginacion no engendra mas que mónstruos; en que no hay una idea que no sea fija, ni una meditacion que no conduzca á una catástrofe; en que no se considera á la especie humana sino como á un enemigo ó á una víctima; y á la organizacion social, sino como un sofisma burlesco ó un sarcasmo permanente.

En la guardilla sufre, jura y rabia, ó se abate y anonada para siempre, la inmensa parte de la so-

ciudad que, burlada y escarnecida por los que hallaron cabida en el banquete de la vida, se come los codos al olor estimulante de las viandas que, á sus barbas y mofándose de ellos, devoran aquellos mamones insaciables; estado atroz de irritacion que en breve y á cada momento produce acerbos frutos, haciendo diariamente rebosar á borbotones sobre las demas castas la lava ardiente puesta en fusion y elaborada de dia y de noche en ese volcan colocado sobre sus cabezas. De él salen de continuo aquel enjambre de desgraciados que, hallando todas las sendas obstruidas, menos la del crimen, se precipitan por ella en busca de los bienes que el comunal les niega. Muchos, por su esfuerzo, por su sagacidad ó su osadia, logran, á los pocos pasos emprendidos en esta peligrosa carrera, soslayar el abismo que los aguardaba; en cuyo caso, mas ufanos de su criminalidad que de su fortuna, se reunen entonces á las clases mas ó menos privilegiadas con que han conseguido ponerse en contacto, solo para continuar y dar un nuevo grado de actividad á la obra de depravacion que corroe á la sociedad. Algunos sobresalen, á fuerza de heroismo, de saber ó de constancia, consiguiendo nadar hasta la orilla y salir del horrible fangal en donde se ahogaron ó quedaron empotrados otros menos esforzados. Los

demás permanecen en aquella mazmorra etérea, para abastecer los presidios, los cadahalsos y los hospitales; para alimentar prematuramente los cementerios y los anfiteatros de diseccion; para enriquecer la redaccion de los periódicos con un contingente diario de suicidios mas ó menos novelescos ú originales; para sembrar tal vez algunas leves espinas en la alfombra de flores que pisan los dichosos de este mundo, presentándoles de vez en cuando, en medio de sus orgias y placeres, imágenes atroces de miseria, de padecimientos ó de infamia; en fin, para rubor de lo que se ha convenido en llamar civilizacion, y para baldon eterno de las costumbres, de las leyes y de los gobiernos.

Estos son los rasgos capitales que distinguen, aunque en caracteres generales y muy por encima, las clases sociales distribuidas en los diferentes órdenes de viviendas hacinadas unas sobre otras en las grandes poblaciones; pero falta mucho para que sea rigurosamente exacta esta clasificacion, que, como todas las demás clasificaciones de que nos servimos para ausiliar á la memoria y facilitar las operaciones del entendimiento, tiene el defecto de aislar demasiado las divisiones y subdivisiones, y de señalarles límites sobradamente absolutas y arbitrarias, poco conformes además con la naturaleza,

que procede siempre por gradaciones insensibles é imposibles de deslindar con fijeza y seguridad. En la materia de que tratamos sucede idénticamente lo mismo que en la historia natural, que, bien que compartida metódicamente en reinos, géneros, especies, familias, etc., para la mejor inteligencia de los que la estudian, presenta sin embargo, en la realidad, una cadena ininterrumpida de seres y de entes vegetativos, tan imperceptiblemente graduados, que ninguna division puede establecerse en ella, que deje de ser caprichosa é infundada; sin dejar por esto de aparecer efectivas y ostensibles las diferencias, consideradas colectivamente y de grupo á grupo. Del mismo modo, son impalpables las gradaciones de prosperidad social que forman la transicion de un piso á otro; las que, si bien se hallan terminantes y fuertemente pronunciadas entre los de una misma vecindad, ofrecen las mas diversas proporciones, y de consiguiente una correlacion variada al infinito, consideradas, primero, entre las diferentes casas de un mismo barrio; segundo, entre los distintos barrios de una misma poblacion. Diferencias son estas de tanto bulto, que no solo dificultan la demarcacion local de cada casta y de cada posicion social, sino que con frecuencia la invierten hasta cierto punto, no única-

mente en el aspecto exterior, sino tambien en la esencia de las cosas y en la série de los hechos habituales que caracterizan las facultades y el rango de cada clase; de manera que, no solo hay morador de guardilla que en estas demostraciones y en su modo de vivir se aproxima mucho, ó se confunde del todo con el del cuarto inmediato inferior, sino que le supera en boato, lujo y comodidades, singularidad que se repite igualmente, á menudo y de una manera idéntica, descendiendo ó subiendo (como se quiera) de cuarto á cuarto, siempre que se alterne de casas y barrios. En efecto, cada uno de estos caracteriza casi exclusivamente una triple ó cuádruple gerarquía, cuyos diversos órdenes guardan cierta armonía entre sí, distinguiéndose muy visiblemente estos y aquella de las que, con la misma gradacion, habitan en otro barrio superior ó inferior en categoría; lo mismo que sucede proporcionalmente de calle á calle de un mismo cuartel, y de casa á casa de una misma calle. ¡Qué diferencia, por egemplo, entre la vecindad total de una casa de Lavapies, Maravillas ó Barquillo, y la de otra que se halle situada en la plaza ó calle Mayor, ó de las Fuentes; y sucesivamente, de menor á mayor, entre las que forman las calles de la Montera, Carretas, Fuencarral, Alcalá, Principe, y Carrera de S. Gerónimo. Dificil

seria establecer un paralelo respectivo de situaciones sociales entre tantos y tan graduados escalones, si no se hallasen sujetos estos á un censo que les asigna infaliblemente un lugar positivo, reduciendo esta comparacion á una mera regla de proporcion aritmética. En efecto, se llega á saber con mucha facilidad que un cuarto principal de la calle de la Sierpe ó de la Comadre, cuesta, v. gr., lo mismo que uno segundo de la del Humilladero ó de Lavapiés, que uno tercero de la de Silva ó de las Huertitas, que uno cuarto de la del Lobo ó de Hortaleza, ó finalmente, que una guardilla de la de Carretas ó del Príncipe; lo que, sabido el moralísimo axioma de, *tanto vales cuanto tienes*, forma los elementos materiales, pero infalibles, de una escala con la cual al mas zote le es dable estimar el valor social intrínseco de cada individuo, y asignarle con toda seguridad el grado exacto de elevacion atmosférica que le corresponde en cada casa y en cada barrio.

La guardilla, pues, así como los demás órdenes de pisos, no pueden, como acabamos de verlo, adaptarse con precision y exactitud, á una clase espresa de la sociedad, ni de consiguiente caracterizarla de una manera determinada y absoluta; pero la guardilla, mas que ninguna otra clase de habitaciones, tiene, sí, la propiedad de circunscribir en

su zona total, un extenso número de existencias que, bien que muy diversamente graduadas en sus haberes, recursos, costumbres, ocupaciones, moralidad y modo de vivir, forma sin embargo en su conjunto, y fundidas todas las diferencias, una gerarquía bien pronunciada, diversa y separada muy notablemente de las restantes. En efecto, hay en general cierto grado de fusión entre los habitantes de los demas pisos. Vistas las diferencias de que llevamos hecha mención, no llama mucho la atención el que una familia se pase de uno á otro, sea ascendiendo ó descendiendo. Siempre que no llegue á la buharda, puede creerse que aquella se conserva poco mas ó menos en la misma esfera social; y los puntos de contacto, aunque menos frecuentes, segun el grado de separacion, no dejan por esto de subsistir. Pero la línea divisoria que separa aquellas dos regiones es un abismo que no las permite tocarse; el morador de la guardilla pertenece á otra comunidad, á otro mundo, y forma otra sociedad, repudiada y en entredicho permanente con la que, viviendo debajo de sus plantas, la domina sin embargo, cual si un terremoto hubiese invertido el orden primitivo colocando lo de abajo arriba, como sucede en la comedia de *la Bolsa y el Rastro*.

La guardilla es la Siberia de los que han per-

dido el pleito en el mundo de los venturosos, y el limbo de los que nacieron sin obtener el bautismo de la riqueza. Al llegar á aquella altura, todo lazo se rompe, toda relacion se interrumpe, toda comunicacion se corta. El conocido deja de saludar al que tuvo la mala suerte de verificar esa ascension antisocial: el amigo se despide, como lo haria de una persona condenada al destierro ó á la deportacion: el hermano apenas se atreve de tarde en tarde á visitar furtivamente y á deshora aquella estancia mas desdeñada que la del crimen; no sabiendo, en su vergonzante virtud, cuál cosa elegiria, si ser encontrado en la primera ó en la segunda; si ser visto á la puerta de una guardilla, ó á la entrada de un presidio. El habitante de aquella mansion olímpica es el pária de nuestro orden social: es un apestado, un leproso, cuyo contacto temible puede contaminar, cuya mirada fatídica puede conjurar la fortuna y hacer mal de ojo: es hasta de fatal agüero encontrarlo con alguna frecuencia en las escaleras, cuyo paso se le tolera solo por la imposibilidad de que pueda llegar por otro camino á su camaranchon. El pobre diablo sufre en la casa un ostracismo completo: solo trata con los demás infelices cuyo alveolo está alineado con el suyo. Esta desafortunada república vive allí ignorada de los demás

inquilinos, como un nido de ratones ó de cucarachas; pero conocida en compensacion, y observada de la policia con esquisita é incesante atencion, como si solo entre ellos pudiesen abrigarse los perpetradores de toda clase de delitos y los perturbadores constantes del orden social. ¡Pobres habitantes de la guardilla! que bajan y suben sin que nadie lo eche de ver! que nacen sin que nadie lo sepa, y mueren sin que nadie lo vea! á quienes niegan los demás vecinos el fuego y el agua, sórdidamente preocupados con el temor de que les pidan otra cosa! á quienes la mas mínima ó mas infundada queja de estos puede lanzar instantáneamente de su miserable albergue; y cuya seguridad y existencia pende, como la de los insectos, de que no se los oiga ni que con ellos se tropiece!... Afaenados vividores de los entresuelos! especuladores ansiosos, de los pisos bajos! vanidosos señorones de los cuartos principales! notabilidades incompletas de los segundos! atrabiliarios envidiosos, confinados en los terceros y cuartos! ¿negareis la verdad de aquel estado, peor que el de los ilotas? Entre vosotros os visitais, os pasais recados, conservais siquiera una apariencia de atencion, un remedo hipócrita de hospitalidad, ¿pero le habeis estendido alguna vez á los que habitan la guardilla? No, nunca. *No está*

en uso, respondeis muy formalmente. Lo que no está en uso es ofrecer al que puede necesitar; lo que no está en uso es tratar con aquel que no podéis explotar, y del que no podéis sacar provecho ni utilidad.

El morar ó haber habitado en una guardilla es un sello indeleble, sino de infamia, á lo menos de desconsideracion; y sino, analicemos algunas de las diferentes frases en que sale á colacion la etérea vivienda.

1.^a

— *Le hallé en una guardilla!*

El gesto, el ademan, la entonacion, las inflexiones y la espresion de la voz comentan esta esclamacion, de manera á ofrecer, por egemplo, las diversas significaciones siguientes:

¡ *Figúrese V. cómo estaria el pobre!* ¡ yo me avergonzé.

Sin duda la mala conducta!...

Por fuerza, se habrá envilecido.

Debe de estar hecho á alargar la mano, y á dormir al sereno.

Quizás á otra cosa peor. ¡Quién sabe!...

La miseria es tan inmoral!!!!...

etc. etc. etc.

2.º

Vivia entonces en una guardilla!

Esto, bien rumiado, quiere decir :

Sé el sugeto que es.

Que no nos venga ahora con ínfulas de hombre de importancia!

¡Nos querrá hacer creer que es persona decente! pero ya, ya! me parece que, á mayor abundamiento, era en la calle de la Pingarrona!

¡Si sabremos quién es el hombre!

etc. etc. etc.

3.ª

¡Yo en una guardilla!!!...

Idénticamente como si se dijera :

Repórtese V. y mire con quién habla.

¡V. me insulta!

¡Si se le figurará que soy, como él, algun hombreillo de poco mas ó menos!

Esa es una desvergüenza, y si no mirara!...

¡Hable V. bien si sabe!

etc. etc. etc.

4.^a

¡Figúrese V! ¡un hombre que vive en una guardilla!...

La traduccion ramplona de esta exclamacion presenta las variantes siguientes:

Debe ser un truhan, un perdido, un haragan; cosa de guardilla en fin.

¡Qué se puede esperar de un hombre que vive en una guardilla!

Qué virtud! qué saber puede abrigarse en una guardilla!

¿Ha visto V. alguna alhaja de valor en una guardilla?

Jesus! una guardilla! ¿Quién puede vivir en una guardilla?...

etc. etc. etc.

5.^a

Se ha tenido que mudar á una guardilla!!...

Lo que se sobreentiende por,

El hospital le aguarda..... ó el canal!!!...

¡Quién habia de decir que asi acabaria! (el

hombre condenado á la guardilla se mira casi como difunto).

Me despedí de él... Padezco mucho de los nervios, y con una visita en una guardilla, indudablemente me volverian las convulsiones.

Era un jóven muy interesante (esto se pronuncia en tono de rezo, y como cosa de oracion fúnebre).

Dios le haya perdonado!!!...

etc. etc. etc.

La mania de todos los hombres es subir, enca-ramarse y elevarse sobre los demás : la de los des-graciados habitantes de las buhardillas es, al con-trario, bajar y mas bajar; pero solo bajar escalones, entendámonos, en cuyo concepto hacen de continuo una pésima y muy profana aplicacion de aquel testo de las escrituras que dice : *bájate, si quieres ser ensalzado.*

El hombre del desvan (que es una especie como otra cualquiera) quiere bajarse, y tal es su furia por descender que, si le dejaran, no pararia hasta la puerta de la calle; pero esto no es por humildad, sino porque asi no tendria que subir diariamente tantas escaleras; porque pasaria del asiento angu-losa, fementido, punzante, cortante y qué sé yo qué

mas, de una silla caduca y descoyuntada, al suave y calmante contacto de una dulce y conciliadora butaca; porque dormiría, en vez de sufrir; cantaría, en vez de rabiar; se mecería agradablemente en una temperatura de veinte grados, en lugar de soplarse los dedos; comería, en vez de ayunar; y cavilaría mil delicias, en lugar de meditar lúgubramente entre la probidad y la miseria, entre el crimen y la necesidad.

Por consecuencia de todo esto, nuestro hombre no piensa mas que en bajar: es su *monomanía*, su idea, su pensamiento fijo, su pesadilla, así como su sueño de las Mil y una noches; el sueño dorado que sacude sobre él sus sùtiles y perfumadas alas de sílfide, el día en que tuvo la buena suerte de refocilar al paciente estómago con una ración de callos y con un vaso de aquel nectar de taberna que se bebe allá arriba (en el desvan se entiende: no quisiéramos que nuestros lectores entendiesen malamente por eso de *arriba*, alguna cosa que estuviese más arriba de las tejas.) De día, de noche, dormido, despierto, con el vientre lleno, ó las tripas como caños de órgano; distraído en esperanzas fantásticas, ó en proyectar un suicidio dramático é interesante, ó solamente cómodo y poco costoso, siempre tiene aquel el oído, el deseo y el pensa-

miento tendidos hácia los cuartos inferiores, en los que se mece su imaginacion, sin entretenerse jamás, por cierto, en formar castillos en el aire, elemento en extremo apestoso para todo sugeto que vive á teja vana; sino castillos muy pegados á la tierra; castillos cubiertos de almenas y de terrados, á fin de que no sea posible siquiera recordar en ellos la forma guardillesca. Y como una idea fija suele á veces producir resultados en armonia con ella, cuando se encasqueta en una mollera obstinada y repropia, sucede á veces que, á fuerza de pensar en subir bajando, y de hallarse incesantemente estimulado é impulsado por semejante deseo, llega en fin á realizarse este para algunas de aquellas existencias escepcionales que, queriendo á toda costa salir del cenagal en que encallaron ó nacieron, se valen para ello, segun sea su organizacion, ya sea del saber ó de la astucia, del genio ó del talento de la explotacion.

**Paralelo entre el portero y el habitante de la
guardilla.**



Sin embargo de que, por lo que llevamos dicho, queda establecido que el habitador de la region guardillesca constituye, en su especie, una variedad enteramente separada de las que ocupan las demás celdas de la morada humana; con todo, se encuentra á veces en esta un viviente nómada, un ser parásito, un género de crustáceo grotesco, que, bien que acurrucado al remate opuesto de la escalera y muy cerquita de la puerta de la calle, presenta algunos caracteres de afinidad con aquel, como para acreditar cada vez mas el axioma de que *los extremos se tocan*. Este ente extraño es el portero, clase mamífera degenerada, de que nos proponemos tratar especialmente en el curso de esta obra, y de la que solo delinearemos por ahora aquellos rasgos en que se parecen y desemejan esas dos clases de exis-

tencias, puestas como de centinela en las partes esterioras, á los confines ó á la entrada y salida del aduar social; el uno, como escucha; el otro, como atalaya; el primero, como escudriñador de los secretos de la propia casa; el segundo, como descubridor de lo que pasa en las inmediatas.

La pobreza del portero iguala y muchas veces supera á la del inquilino de *soteja*; pero la del primero es metódica, uniforme, y se halla regularizada de modo á no llegar nunca á la carencia absoluta: es solo la escasez sublimada y llevada á su último término. La miseria del segundo es, al contrario, desigual y caprichosa: hoy permite que se coma, mañana exige que se ayune. Esta especie de miseria sin duda es menos prosaica que la primera; pero es horrible, amenazadora y atroz: es lúgubre como el sonido de las campanas que en el silencio de la noche oye el reo sentenciado á muerte: cansa hasta la misma esperanza: abate á toda clase de ánimo: embota los sentidos: á veces los irrita hasta el furor, hasta la demencia. La diferencia entre estos dos matices de una misma plaga, se manifiesta por señales esterioras bien pronunciadas, como v. g. las siguientes:

En la garita del portero se come poco y mal; pero se come periódicamente á horas fijas é inalte-

rables: en las guardillas se come á veces, pero siempre á deshora: el órden de comidas suele estar invertido allí de tal manera que, solamente llevando una especie de registro cronológico de ellas, podria atinarse con la denominacion y la fecha aplicables á cada una. Es muy comun en aquellas alturas almorzar á las diez de la noche, y hacer, el jueves, una comida que corresponda al lunes de la semana anterior.

A las once, á las doce, á las doce y media de la mañana, hierve con igualdad el puchero del portero, y durante este periodo un olor indudable á coles, nabos ó patatas se pega, al paso, á los vestidos de los visitantes y visitadoras de los cuartos que tienen el privilegio de recibir visitas. No suele disgustar del todo, á semejante hora, el tufo culinario. El estómago se halla entonces poco ocupado, y aspira con agrado los vapores de las cocinas. En fin es el momento en que parece excelente, apetitoso y bien condimentado el rancho de la tropa: no hay mas que decir. Asi es que, al pasar por delante del barreñon del portero, suele V. murmurar entre dientes, lleno ó llena de complacencia, y con un si es no es de envidia, saturada con un magnífico baño de filantropía relativa: *Caramba! el pícaro del portero! y qué bien que se trata!..*

Entre tanto no hay en la guardilla asomo de sopa ni aparato alguno de comida: ni fuego, ni barreñon (el barreñon, indicio seguro, en Madrid, de la escasez y de la economía, lo es tambien, por lo comun, de que la familia cuenta con su alimento diario). Creeríase, al ver desterrada la lumbre de aquel camaranchon, que los que en él viven están de dia de campo. El hogar está desordenado: algunos carbones apagados se hallan esparcidos sin concierto en él: un plato desportillado, dos escudillas desbarnizadas, una aleuza abollada están en competencia alrededor de las cenizas. Ah! hé aquí la sarten! el enser característico de la guardilla: el dios Lar por antonomasia: el *Fetiché* tutelar del santuario: la piedra principal, casi la única batería de cocina de este lugar, que sin incurrir en exageracion, podria muy bien llamarse sobrehumano. Es preciso confesar que al lado de la ligera y fantástica sarten, instrumento de inspiracion que cual ninguno se presta á los repentes y á las mas felices improvisaciones, es el puchero, el barreñon, y aun la cazuela una cosa plebeya, descolorida, taciturna y enemiga de toda concepcion elevada. No, no es posible que nunca obtenga primacia sobre aquella, el soez y tosco barro. Si en el Helicon se comia, si la ambrosia necesitaba de condimento, no en esos ca-

chivaches innobles, sino en la sonora, musical y chirriadora sarten fue en la que debió de prepararse aquel celeste manjar. La sarten es el mueble favorito, inseparable, imprescindible de toda imaginacion aventurera é inspirada; y como los habitantes de la guardilla son, salvo escepciones, esencialmente aventureros é inspirados, hé aquí la razon irrefragable de preferir estos la sarten á todos los primores de la alfareria, y de no creer que haya impropiedad ni pizca de falta de decoro en que aquella preciosa máquina sirva indistintamente para freir huevos, hacer chocolate ó sopas, afeitarse, ó tomar pediluvios.

El portero es un ser esencialmente metódico: va mal vestido, pero rigurosamente de verano en verano, y de invierno en invierno. Ni él ni el habitante de la guardilla conocen el traje de entretiempo; pero el último, á mayor abundamiento, suele tener la humorada de ir de lienzo en el rigor del frio, y de bayeton en lo fuerte del calor; bien que desguarnecido este de pelo, y tupido y reforzado aquel con la porqueria de muchas semanas, y alguno que otro acolchado de bastante abrigo.

El semblante del portero es invariable, monótono siempre, y de una tristeza mate, insípida y crónica, impasible á toda impresion, é incapaz de ser movi-

da ni aun por la mágia de los recuerdos. La fisonomía del individuo que vive en la guardilla es, al contrario, movable y alterable á lo infinito: se conoce al instante que aquel oscila sin cesar entre el abatimiento y la esperanza, entre una lágrima y un suspiro, entre una dulce ilusion y una cruda realidad. Sobre sus facciones agitadas, sobre su rostro macilento y en extremo contractible, se imprimen sucesivamente los caracteres peculiares de todas las pasiones, hasta que la mas constante, ó quizá solo el endurecimiento ó el efecto de alguna terrible catástrofe, grave profundamente en él una espresion permanente, indeleble é inalterable, como la que se vé sobre la faz de todo portero. Entonces llega el viviente de la guardilla á estar maduro para ejercer esta singular profesion, y se le cumple en fin el insaciable deseo que tenia de bajar; pero no era tanta su ambicion: el pobre se hubiera contentado con bajar solo al cuarto principal ó al entresuelo: para él es en parte un sarcasmo el axioma de que *los extremos se tocan.*

El portero recibe cuanto le quieren dar, aunque sean malas razones; pero todo lo admite, ó como salario, ó como estipendio ajustado tácitamente con los inquilinos, ó como donativo de los mismos, sin que jamás se halle atormentado por la fatal y perse-

guidora idea de tener que devolver cantidad alguna de las que ingresan en su pobre bolsillo; idea devoradora, equivalente, para el hombre que tiene delicadeza, á lo que es el remordimiento para el que tiene conciencia. El hombre de la guardilla tampoco es ni puede ser muy escrupuloso en eso de recibir; pero rara vez lo hace bajo el concepto de pago ó saldo, y, sí, casi siempre con el de préstamo, limosna ó cuando mas, anticipo; términos casi sinónimos, cuando lo que significan recae sobre una persona insolvente por su posición, por arriba, por abajo y por todos cuatro costados.

En fin la vida del portero es una página insulsa y monoseada; mientras que la del habitador de la guardilla es una epopeya entera. La conversacion del primero es un susurro monótono de monosílabos insignificantes; á la par que la del segundo se compone de estallidos ruidosos, de frases exageradas, y de reminiscencias calenturientas: el deseo de aquel, si es que aun tiene deseos, es, cuando mas, que amanezca tarde mañana; mientras que los de este se estienden desde el polo al equador, y se contienen apenas entre los límites de la creacion. El uno se adormece cavilando en el estado en que se encuentra la escoba, y en el número de pares de botas que hay que limpiar al día siguiente: el otro

desbarra toda la noche, ocupado en conciliar la falta de exactitud de la cena y la despedida del último ochavo, con la ilusion de un magnífico banquete en perspectiva, y de una fortuna en cifra todavía, y considerada bajo la forma de una mera ecuacion.

Además de estas diversas afecciones, que caracterizan diferentemente á aquellas dos variedades de la misma especie, hay en ellas un sentimiento, ó si se quiere un instinto particular, que las distingue eminentemente, obrando como repulsion en la una, y como atraccion en la otra. Este sentimiento, este primer movimiento íntimo consiste en la antipatía innata que todo viviente de guardilla tiene al casero; y en la estrecha simpatía que, al contrario, une naturalmente al portero con aquella potestad trascendente de la grey inquilinesca. El portero quiere al casero como el mastin á su amo: es su Argos, su espía, su agente, su empleado particular del *ramo*, y tambien sus ojos, sus narices y sus oidos; pues en efecto la mirada huera y sin calor del portero sabe descubrir, en el color de los muebles, indicios y coincidencias que él solo alcanza á coordinar con acierto. Su olfato, inhábil á distinguir el benjuí del almizcle, y la violeta del arrayan, no se equivoca ni un ápice en juzgar del grado de cocion y sustan-

cia de la olla, de la accion mas ó menos activa del fuego con que hierva, y del mayor ó menor atraso con que se dispuso. Se dá poco al exámen y meditacion del género y número de los platos de principio, porque sabe que para la tranquilidad de su patron, basta la inspeccion de la olla; pero cuando quiere hacer prueba de habilidad, saca inducciones bastante atinadas sobre la calidad y cantidad de aquellos. En fin, sus oidos, enteramente entorpecidos para todo aquello que compone la parte novelesca y sentimental de la existencia, tienen la sutileza de los de un ético para todo cuanto puede, aun remotamente, tener conexion con el pago del alquiler, ó con las comisiones clandestinas ú observaciones suspicaces que le prometen alguna retribucion. El portero es por último el puesto avanzado, el cuerpo de observacion, la salvaguardia del casero, y tambien su gefe de estado mayor: él es quien vigila las operaciones de toda la vecindad, y el que, fiel al espíritu de su profesion, ha parodiado para sí la divisa de Napoleon, tomando por exergo estas memorables palabras: *Todo para el casero* (1). El vecino de la region olímpica tiene, por lo contrario, un

(1) La divisa de Napoleon era: *Todo para la Francia*.

oído instintivo, una oposicion invencible á aquel prosaico personaje: le mira como una fatalidad, como un presagio siniestro, como una ave de mal agüero, como un cometa, como una catástrofe, como un pronunciamiento. Su sola presencia le causa contracciones nerviosas: la presiente, como los pajarillos la proximidad de la tempestad, como la paloma la inmediacion del gavilan: la huele con un verdadero olfato de salvage: la reconoce en el movimiento del ambiente y en el eco de las pisadas; nunca por el metal de la voz ni el modo de toser; (¡Cuál será el casero que lleve la imprudencia hasta el punto de hablar ni toser cuando vaya á visitar á sus inquilinos!); pero, sí, por la manera de llamar, de herir el pestillo, de empujar la puerta, en fin, de cualquier cosa. Bajo este punto de vista el habitante de la guardilla y el portero dejan de tener asimilacion, y pueden considerarse casi como enemigos. Son dos sistemas político-caseros encontrados: la libertad y la dependencia en lucha: el progreso, que toma su vuelo hácia el tejado; y el partido conservador que, á fuerza de bajar escalones, se halla ya muy cercano al sótano. Asi es como las posiciones sociales crean por sí solas, con demasiada frecuencia, antipatías ó sentimientos adversos, que vienen á aumentar aun los elementos naturales

de desunion, de enemistad, y de animadversion, ya tan numerosos y eficaces entre los hombres. Se atesora el odio, se acumulan con codicia los resentimientos, como si fuesen doblones. ¡Pobres humanos!

Los goces de la guardilla.

Hasta ahora no hemos hecho una pintura muy halagüeña de la guardilla : sin embargo, se disfruta en ella de cosas muy buenas.

En primer lugar, la pureza del aire. Es verdad que esto tiende á escitar algún tanto las ganas de comer, cosa que por punto general no suele ser muy del caso, y puede casi siempre considerarse como una calamidad para los habitantes de aquella elevada region, ya sea por encontrarse esta distante de la tierra y de sus producciones, ó ya por estar habitualmente aquellos en desacuerdo permanente con los panaderos, carniceros y tiendas de comestibles. Pero en fin, como es evidente que una de las condiciones convenientes para comer es tener hambre, siempre es ventajoso encontrarse uno con esta feliz predisposicion : asi, de dos cosas, gana de comer y comida, solo faltará la una, la última.

Es preciso no pedir gollerías : todo no se puede conseguir. Los ricos tampoco tienen nunca mas que una de aquellas dos cosas, la segunda ; y se conforman , los benditos ! No seamos mas exigentes que ellos : reflexionemos y meditemos en los trabajos del prójimo : el que no se consuela, es porque no quiere.

Segundo , la contemplacion del cielo. Esto eleva el espíritu , engrandece la esfera de los pensamientos , y sutiliza el ingenio, cosas todas tres á cuales mas provechosas y de que tanto necesita nuestro conciudadano aéreo, en particular de la tercera, si es que ha de medrar. Es además sumamente divertido observar desde la buharda, como cuanto mas rabie uno, mas va bajando el *Carro*, y subiendo las *Cabrillas*.

Tercero , el aspecto de los tejados, panorama singular de planos inclinados en todas direcciones, coloreados de un tinte uniforme de almazarron pálido, y sembrados aquí y allí de buhardas salientes y acaballeadas, y de chimeneas encopetadas, mas ó menos elegantes y adornadas, que unas y otras se asemejan con bastante propiedad á casas y torres pequeñas ; presentando á la vista el aspecto de una poblacion en miniatura, desparramada sobre un campo rojizo y desigual, y cortada en todos

sentidos por simas hondas y tenebrosas, tales aparecen las calles desde aquellas alturas. Esta vista encantadora no podrá menos de interesar infinito á las existencias originales destinadas á morar tan cerca de los astros, cuyos movimientos podrán estudiar aquellas desde allí, al mismo tiempo que hagan curiosísimas observaciones sobre las costumbres, manejos, correrías y aventuras de la gente gatuna, pueblo regnicola, como se sabe, del imperio de las tejas, y que apenas le cede al hombre en astucia, ferocidad, ingratitud y egoísmo. Así podrá el habitante de la guardilla empezar con aquellos animalitos un curso práctico elemental de ética, que luego tendrá ocasion de completar y perfeccionar con el trato de sus semejantes, cuando, bajando algunos tramos, tenga la dicha de rozarse con las moralidades de los cuartos inferiores.

Cuarto, la propiedad de la temperatura, en armonía siempre con la del aire libre: calor en verano, y frío en invierno ¿qué cosa mas natural? Esta unidad atmosférica, llevada á su último grado de rigidez en la guardilla, es casi tan sana y provechosa como el régimen de la dieta absoluta.

Pero entre las ventajas inherentes á la guardilla, no hay ninguna tan sobresaliente como la proporcion que ofrece esta deliciosa mansion para los ena-

morados. Allí, á la luz brillante del empuje, pueden vibrar las miradas con todo el ardor de la pasión, sin que las empañe la semiluz interior del balcon, sin que las intercepten los efluvios interceptados de una ojeada maligna y envidiosa, ó la falsee y dé un engañoso ó dudoso viso el resol maldito de una pared deslumbrante. Allí, entre cielo y tierra y fuera del alcance de ojos celosos y suspicaces, puede mostrarse radiante de pasión el rostro de la vecina, y encendido de deseo el del vecino: nadie los escucha : todo se lo pueden decir, y todo se lo dicen, ya con el divino dialecto de las miradas, ya con la dulce elocuencia de acentos impregnados de amor, ó ya en fin con una pantomima expresiva de gestos y actitudes, mas rica en conceptos, en pensamientos y armonía, que el mejor de los poemas. Y si, platonizando de este modo, nos unimos de intención con aquellos ánimos grandes y magnánimos que, por razones que ellos solo se saben, ó quizás, los desgraciados ! por falta absoluta ó accidental de razones, se contentan con ver agonizar la inocencia y zozobrar la virtud, sin naufragar del todo esta por falta de un buen escollo que la eche prontamente á pique; sí, al contrario, y dejando á un lado la parte teórica del *asunto*, nos identificamos por un momento con aquellas organi-

zaciones sensuales que no comprenden el amor sin sus goces materiales (que por desgracia no son pocos los desalmados que así piensan); si, en fin, admitiendo esta última opinion, en verdad excesivamente terrenal, nos ponemos por un instante en el caso de aquellos varones fuertes ó presumidos que, sin mirar atrás, se arrojan á pasar el Rubicon, esto es, á salvar el lintel exterior de la buharda en busca de aventuras, cual gatos en Enero, ¡qué facilidad no hallaremos en aquellas viviendas, para las escursiones! En efecto, saltando las canales maestras; descolgándose de los tejados mas elevados á los inferiores; encaramándose de estos á aquellos; atrancando por encima de los caballetes; ocultándose ó poniéndose de acecho al abrigo de alguna chimenea; subiendo, bajando y andando á la rastra; operando, en fin, poco mas ó menos como verdaderos *meninos*, pueden aquellos caballeros andantes de nueva especie recorrer las somidades de un barrio entero, sin que lo estorben, ni los serenos, ni los agentes de policia, ni las rondas, ni la patrulla, ni el hundimiento parcial causado tal vez en el tejado por tan insólita correria; ni, de resultas de ello, el correspondiente descalabro de algun ciudadano pacífico que se retire pausadamente de su tertulia, muy ageno de figurarse que hayan de llo-

ver tejas en las calles á semejante hora ; ni por último, los suspiros del papanata que se para á mirar con un acceso de melancolía el balcon de una muchacha pelinegra que, en el mismo instante quizás, se rie de él en los brazos de otro amante menos contemplativo. Puede, repetimos, cualquiera de esos intrépidos cazadores de dichas de contrabando, entrarse, por el aire, en la estancia de su amada, haciéndole una muy significativa mueca al marido, y riéndose de todo corazon al ver el ahinco con que el pobre Simplicio, obligado á salir para dar una vuelta á los faroles ó hacer una sangria á un enfermo, procura dejar bien cerrada la puerta, de la que el cuitado se lleva codiciosamente la llave, brincando de contento, como quien acaba de enterrar un tesoro ó de jugar una mala partida á un contrario hábil y malicioso. Puede, imitando aquel una de las travesuras de Hércules, (si es sujeto para ello, se entiende) colarse de estancia en estancia, multiplicando, como el semidios, los prodigios, hasta que la aurora le sorprenda en este agradable pasatiempo, que, sin embargo, pasó por ser uno de los mayores trabajos del héroe heleno. Puede tambien, estraviando el rumbo, introducirse, por equivocacion, en el cuarto de dos virtuosos esposos, que roncando tranquilamente como un par

de trompos, bajo la garantía de un lapso conyugal de cincuenta años, creían pasado por siempre para ellos el tiempo de las bromas y de los ataques nocturnos. En fin, tanto para esta clase de empresas, cuanto para otras muchas, puede considerarse la guardilla como una posición militar excelente para registrar el país, observar al enemigo, cualquiera que sea, y disponer y ejecutar, partiendo de aquella como de base de operaciones, los reconocimientos, sitios, escaramuzas y demás movimientos ó expediciones que aconsejaren las circunstancias.

Tales son, en su parte principal, los goces de la guardilla, á los que, por vía de complemento, podemos añadir la música apasionada y estridente, y las estupendas escalas cromáticas y conciertos maullados en todos tonos y compases, durante las largas noches de invierno, por los tiples y tenores de las compañías gatescas, que seguramente son los amantes más furiosos, parlanchines é inquietos que puedan encontrarse.

Orden gerárquico de las guardillas.



Hemos tratado ya de la gradacion característica que ofrece la guardilla, bajo el aspecto del rango y sobre todo de la posicion social, no menos que de la consideracion respectiva, de las facultades, de las comodidades ó falta de ellas, y en fin de las costumbres, hábitos y marcha ordinaria de la vida, segun el barrio, calle ó calidad de la casa en que se halle aquella vivienda, que, bajando ó subiendo de precio en proporcion de estas circunstancias, puede por lo tanto corresponder á individuos ó familias mas ó menos favorecidas de la fortuna, y situados por consiguiente mas arriba ó mas abajo en la numerosa categoría destinada á habitar las guardillas. Nos queda pues únicamente cerrar el tratado de la *Guardilla*, con una indicacion relativa á las diversas especies de locales comprendidas en aquella denominacion genérica.

Hablaremos primeramente de las guardillas llamadas *vivideras*. Entre estas las hay que constituyen habitaciones tan completas y tan bien distribuidas como los demás cuartos de la misma casa, y que solo se diferencian de ellos en la forma poco graciosa, impuesta á la parte superior de la vivienda, por la inclinacion del techo, y en la descomunal, maciza y desagradable fábrica adoptada para dar luz á las estancias y que se llama *buharda*. Estas dos formas son características de la guardilla, ó de la buharda, buhardilla, ó *boardilla*, como dicen los caseros de Madrid, nombres derivados todos del de aquella colosal y horrorosa ventana. Otras guardillas son mas reducidas, sin dejar de contener, aunque en el menor ámbito posible, todas las oficinas ó compartimientos necesarios para los diversos usos de la vida; pues los arquitectos de Madrid son tan fuertes en eso de la distribucion del terreno, que es muy comun, particularmente en las casas de nueva planta, ver habitaciones de diez y seis y diez y ocho piezas, que ocupan solo un espacio cuadrado de veinte pies por lado.

Tras de esas dos clases de guardillas, viene otra muy inferior, que solo se compone de una cocinita y un par de piezas. Para las viviendas de esta especie no hay mas que un cuarto escusado, cuyo

servicio es comun á todas las de la misma casa. Es, por consiguiente, indispensable para habitarlas tener el vientre bien morigerado, y vivir en buena armonia con los vecinos de las demás, á fin de entenderse con ellos para el mejor orden y arreglo de turnos. Una tripa caprichosa y poco metódica puede ser considerada, en tales casos, como una calamidad.

La guardilla es susceptible de reduccion hasta lo infinito: las hay que tampoco tienen cocina ni fogón. En estas, deja de ser una costumbre y una cosa periódica y habitual el alimentarse: allí solo se come por acaso, por casualidad, por coyuntura ú ocurrencia fuera del órden regular; del mismo modo que se va á un concierto, que se recibe una invitación, una carta ó una visita.

La última gradacion de la guardilla *vividera* es la que, sobre carecer de las demás oficinas de que acabamos de tratar, no tiene mas que un solo cuarto, al que se ha desdeñado dar distribucion el arquitecto. El individuo que suele vivir allí es completamente feliz: está casi desprendido de todo lazo terrestre, y solo le falta un par de alas para parecerse á un querubin y para subirse á los cielos, único asilo, única patria que aun le espera.

Nos habíamos olvidado del cuarto *aguardillado*, clase mista, que pertenece á la guardilla solo por la

comba que describe alguna parte del techo hácia la calle; siendo lo restante plano y horizontal como en los pisos inferiores, y con ventanas, y aun á veces con medios balcones, en lugar de buhardas. Esta especie de vivienda formaria un eslabon intermedio entre el último cuarto y la guardilla, una especie de transicion y de punto de contacto entre esta y aquel, si la vanidad no fuese una cosa tan intratable, tan inhumana y antisocial como lo es por desgracia; pero los aristocráticos habitantes del cuarto aguardillado suelen ser, de toda la casa, los que miran con mas desden y tratan con mas desprecio á los vivientes de la guardilla, siendo los que mas contribuyen á aislarlos. Asi sucede en todo. Los pueblos limitrofes de uno á otro reino ó nacion se aborrecen: los rayanos de las provincias confinantes se tienen oposicion: no es muy raro el que los vecinos que habitan en la línea de demarcacion de sus barrios respectivos se miren con saña y recelo. El hombre es verdaderamente un tesoro inagotable de odio y de mala voluntad.

El cuarto *aguardillado* indica la existencia de un órden doble ó triple de guardillas, formado por las zonas superpuestas en que se divide el cuerpo total de la techumbre de aquellas casas que, por tener mucho buque ó fondo, la necesitan muy ancha